

Que que á las flores del ponal veían
 sus suspiros en el cielo nubes
 fúrgate, cuando por que el sol nos era
 que sus gracias son, eso lo encarna
 Deja que siempre las virtudes ves
 en horas de placer o de quebranto
 conserva tu alma inmaculada y pura
 y la reina sacra de la harmonía



DISCURSOS,
 ARTICULOS SUELTOS, ETC.

ARTICULOS SUELTOS, ETC.
DISCURSOS



mo de vosotros, escaso de méritos, pobre de ideas, para expresar el recién venido los sentimientos de viva alegría que agitan en estos instantes vuestros corazones; puesto que así lo quiso la suerte, tan dichosa que confortados con que vuestros sentimientos sean interpretados por el que carece de voz para hacerlo digno y correctamente. Y tenemos motivo, por lo que para alegrarnos sinceramente

DISCURSO
En contestación al del Sr. Lic. D. Juan Francisco Molina Solís.

SEÑORES:
Juan Francisco Molina Solís no es un abanico en el templo de la literatura; sino un árbol que arde en el fuego del entusiasmo.

Un precepto reglamentario de nuestra querida Sociedad, me impone la tarea, bien grata por cierto, de contestar al magnífico discurso con que acaba de deleitarnos nuestro nuevo consocio, nuestro compañero en las labores literarias que son objeto de esta Asociación, que comienza todavía a hacer sus modestas plantaciones y a formar sus humildes sementeras en el ameno campo de nuestra literatura peninsular; y al cumplir este grato deber, natural es que comience dando al nuevo compañero la más cordial y entusiástica bienvenida, y felicitando al "Salón Literario" por haber lo

grado un socio que por todos títulos lo honra y lo enaltece. Sólo me apena que la suerte me haya designado á mi, el último de vosotros, escaso de méritos, pobre de ideas, para expresar al recién venido los sentimientos de viva alegría que agitan en estos instantes vuestros corazones; pero puesto que así lo quiso la suerte, tendréis que conformaros con que vuestros sentimientos sean interpretados por el que carece de voz autorizada para hacerlo digna y correctamente. Y tenemos motivo, señores, para alegrarnos sinceramente por la adquisición que logra en estos momentos el "Salón Literario," porque el Lic. D. Juan Francisco Molina Solís no es un advenedizo en el templo de Minerva: largos años há que, ardiendo en el fuego del entusiasmo, sobrecogido de temor y de respeto, pero ansioso de gloria, desligóse las sandalias del camino y comenzó á subir la escalinata que á él conduce. Allanando dificultades de todo género, venciendo toda clase de escabrosidades, ha logrado, al fin, llegar al espacioso vestíbulo; ha visto abrirse de par en par las puertas de oro del sagrado templo; ha podido penetrar en su misterioso recinto, y ha alcanzado la gloria de inscribir su nombre en el álbum immaculado de los inmortales. Yo he sido, Señores, testigo presencial del largo viaje emprendido por el Lic. Molina, desde los

primeros albores de su juventud, para poder llegar al término de sus deseos: he presenciado esas dificultades vencidas, he visto esos obstáculos allanados, y no he podido menos de admirar la paciente constancia, la firmeza inquebrantable, y sobre todo, el orden y el método empleados, para no caer vencido por el cansancio y el desaliento á la mitad del camino.

Era el veintidós de marzo de mil ochocientos sesenta y ocho. En un salón espacioso de una casa situada en la calle de las Monjas, se veía un grupo de jóvenes que apenas contarían de quince á veinte años de edad. Acompañado de Don José Felipe Castilla, entré á ese salón: levantáronse todos aquellos jóvenes y salió á nuestro encuentro uno de ellos. Este era Juan Francisco Molina Solís, quien, con el carácter de Secretario de la Sociedad que componían aquellos jóvenes, nos presentó con las formalidades reglamentarias. Desde esa fecha, para mí gratísima y memorable, comenzaron las relaciones de franca, afectuosa y sincera amistad que siempre me han unido á Juan Molina, como le hemos llamado sus amigos en lenguaje familiar. La sociedad en que habíamos sido admitidos con el carácter de socios, era una sociedad de ensayos literarios que llevaba el título de "La Minerva," sociedad de que os ha hablado ya el señor Lic. Molina en

su discurso. Allí estaban Néstor Rubio Alpuche, Manuel Nicolás y Echánove, Benito Ruz Audomaro Molina, Sebastián y Diego Hernández Escudero, José María Peón, Feliciano Manzanilla Salazar, Juan Peón Contreras, Manuel Villamor y otros que no recuerdo. En aquella sesión del veintidos de marzo, se inauguró el "Gabinete público de lectura" establecido por "La Minerva," y en celebridad del fausto acontecimiento, el Presidente Néstor Rubio Alpuche pronunció un discurso inaugural, y Feliciano Manzanilla y Juan Molina leyeron dos composiciones en prosa. Desde entonces demostraba ya Juan Molina su decidida afición a los estudios históricos: su primera labor literaria fué una disertación sobre historia general, escrita para cumplir un precepto reglamentario de "La Minerva," y leída en varias sesiones de la misma. Permittedme, señores, que consagre aquí un recuerdo a la memoria de algunos socios honorarios de "La Minerva," porque ellos fueron los que con sus consejos nos animaban y dirigían en nuestras humildes labores: ellos eran e entonces simple Presbítero D. Crescencio Carrillo y Ancona, de gloriosa memoria el inspirado poeta D. Ramón Aldana del Puerto y el correcto escritor y orador notable D. Fabián Carrillo Suaste. Eran también socios honorarios de "La Miner-

va" el Lic. D. José Dolores Rivero Figueroa, D. José García Montero, D. Manuel Aldana Rivas, el Presbítero D. Norberto Domínguez, Vicario actual de la Diócesis, D. Francisco Sosa y otros. Ignoro el día en que fué fundada "La Minerva:" sólo puedo asegurar que ya existía en noviembre de mil ochocientos sesenta y siete, y que en enero ó febrero de mil ochocientos setenta dejó de existir, dispersándose aquel grupo de jóvenes que tantas horas agradables habían pasado juntos en el cultivo de las letras. Juan Molina no olvidó, sin embargo, sus aficiones literarias, y sobre todo, no abandonó el estudio de la historia. El 15 de septiembre de mil ochocientos setenta y tres pronunció un discurso patriótico en las galerías bajas del Palacio Municipal; desde mil ochocientos setenta y cuatro hasta mil ochocientos setenta y siete, redactó valientemente el periódico titulado "El Mensajero" sosteniendo á cada paso rudas polémicas en defensa de sus ideales republicanos y democráticos, pero eminentemente cristianos; el dos de febrero de mil ochocientos setenta y ocho, fundó, en unión de Gabriel Aznar y Pérez, Manuel Nicolás y Echánove y el que tiene la honra de dirigiros la palabra, el "Semanario Yucateco," cuya vida se prolongó hasta fines de 1879, y por último, tomó parte en la redacción de "La Ponce y Font. —37

Razón Católica," en 1889 y 1890. Desde entonces, Juan Molina, libre ya de compromisos periodísticos, se dedicó más asiduamente al cultivo de la historia, y ha dado á luz pública varios estudios acerca de Fray Diego de Landa, de la Casa de Estudios y el Partido Sanjuanista, del conquistador Gómez del Castrillo y del Conde de Peñalva, acerca de cuya muerte vino á restablecer la verdad de los hechos históricos, desvaneciendo la conseja popular que lo hizo morir asesinado. Pero la obra magna de Juan Molina, es, señores, su magnífica "Historia del descubrimiento y conquista de Yucatán," obra interesantísima, de estilo sencillo y correcto, que ha venido á llenar muchos de los vacíos que se lamentaban acerca de puntos importantes de nuestra historia peninsular, y que revela en su autor, además de las dotes envidiables de su buen talento, las cualidades que antes le indicado: su paciente laboriosidad, su perseverancia y su firmeza, dotes y cualidades que le han permitido llevar á término, á pesar de sus múltiples atenciones en el ejercicio de su difícil y delicada profesión, esa obra histórica que es el firme pedestal en que se levanta la estatua de su gloria.

Y ya lo veis, señores: aun en el discurso que acabáis de escuchar, se ocupa nuestro nuevo compañero en asuntos históri-

cos, no menos importantes que los demás que ha trazado su bien cortada pluma. Con el estilo agradable y castizo que le es propio, nos ha referido la historia de las sociedades literarias en Yucatán desde el año memorable de 1810, en que comenzaron á iluminar el cielo de nuestra Patria los primeros albores de la libertad política, hasta el año de 1870. En este discurso, parece que su autor nos ha tomado de la mano, y haciéndonos subir á la cima de una montaña, nos ha hecho contemplar el ameno campo de nuestra literatura: nos ha mostrado la fuente humilde que brota de entre las grietas de las peñas; el arroyo que se desliza entre márgenes de flores; la catarata imponente y grandiosa que derrumba sus aguas mugidoras desde las alturas de la montaña, y va, convertida luego en manso río, á fecundar el espacioso valle. Sí, ha evocado ante nosotros las sombras ilustres de Velázquez, Jiménez, Solís, Quintana, Calero, Barbachano y otros, que son como las fuentes y los arroyos, y nos ha hecho admirar esa gran figura de Justo Sierra, que viene á ser la imponente catarata de nuestra literatura peninsular y el río caudaloso que fecunda el campo de las bellas letras; figura que, cual estatua colosal de pórfido y de granito, se eleva majestuosamente sobre el horizonte, dominando las cúpulas de los

templos y las cimas de las montañas, á pesar de que, por nuestra lamentable desidia, no la hemos realizado aún sobre el pedestal de nuestra gratitud. Descendiendo nuestro honorable compañero á tiempos posteriores, ha consagrado un recuerdo justo á Cisneros, Carrillo Suaste, Pérez Ferrer, Aldana y otros que, guiados de su amor á la ciencia y de su entusiasmo por las bellas letras, fundaron sociedades científicas y literarias, redactaron publicaciones periódicas, dieron á luz libros y folletos, y aumentaron, en fin, el pobre caudal de nuestra literatura. Natural es que al trazar el autor del discurso que tengo la honra de contestar la historia de las sociedades científicas y literarias que han existido en el país, tocara también, aunque de paso, la importante materia de la instrucción pública, y nos dijera algo de la historia de los Colegios, Institutos y demás centros intelectuales que han difundido en la Península la luz de la enseñanza; pero por lo mismo que tal materia no es el objeto principal de su discurso, no nos ha hablado, sino someramente, de un centro intelectual que fué en su época de verdadera importancia, y ejerció una influencia decisiva en los métodos de la enseñanza: el "Liceo Científico y Comercial" que fundó, primero en Campeche, después en la ciudad del Carmen, y por último, en

esta capital, el sabio italiano D. Honorato I. Magaloni.

Permitidme, señores, que os diga algunas palabras acerca de este Colegio y de su fundador.

El 3 de diciembre de 1850, desembarcó en Campeche, procedente de los Estados Unidos de Norte-América, el señor Magaloni, quien tenía la intención de seguir viaje á Italia, su hermosa patria, de donde salió con motivo de la revolución de 1848. A ve de paso, desembarcó en Campeche con el único objeto de conocer la ciudad y descansar de las fatigas de un largo y molesto viaje en buque de veia; pero la mano del Amor, cuya fuerza es incontrastable, le retuvo allí obligándole á renunciar á su familia, á su patria y, probablemente, á un porvenir mucho más lisonjero del que podía esperar en nuestro pobre país. Sufrió allí los exámenes reglamentarios para obtener el título de Profesor, y el resultado de ellos fué tan satisfactorio, que el Sínodo compuesto, entre otras personas, de nuestro eminente Dr. D. Justo Sierra, D. José María Regil y D. Pantaleón Barrera, dijo en su informe relativo: "El Sínodo juzga unánimemente que la llegada de este extranjero es una ventaja verdadera para nuestro país." Sabidamente juzgaron los señores Sinodales, y esta frase justa, acertada y halagüeña,

fué una predicción. Abrió el señor Magaloni su Colegio, y desde entonces comenzó á sentirse en nuestra querida Península el influjo bienhechor de una que puede llamarse revolución en el sistema de la enseñanza. Al método antiguo que se regía con la bárbara regla ó aforismo pedagógico de que "la letra con sagre entra;" al método ya rancio y desacreditado en la culta Europa, de aplicar á los alumnos, sin tino ni discreción, la pena de azotes y demás castigos humillantes que deprimían el carácter de los niños y los despojaba de todo sentimiento de delicadeza, se substituyó el sistema moderno del estímulo, las penas fructíferas que consisten en aprender de memoria trozos escogidos de sana lectura, en practicar por escrito ejercicios de algún ramo de la enseñanza, y á lo sumo, y en último caso, en aplicar á los incorregibles las penas de encierro ó de expulsión. Además, ensancháronse notablemente los horizontes de la enseñanza, introduciendo algunos ramos que casi no se habían cultivado, como la Aritmética razonada, la Geografía, la Historia, el Francés y el Inglés, la Retórica y la Declamación, la Gimnástica y otros, mientras que en el Seminario Conciliar de Mérida, centro principal de la enseñanza para toda la Península y aun para el Estado de Tabasco, sólo se cursaban Gramática Cas-

tellana, Latin, Filosofía, Teología y Derecho canónico, y algunos años después, desde 1857, ciencias naturales, gracias á los esfuerzos laudables de nuestro eminente naturalista el Dr. D. Norberto Domínguez. El señor Magaloni trasladó su Colegio á la ciudad del Carmen, y después á esta capital, en donde logró reunir de ciento á doscientos alumnos que presentaban brillantes exámenes y sostenían, divididos en dos agrupaciones que se llamaban "Academia Formiana" y "Academia Tusculana," numerosos actos literarios que les servían de estímulo y aun de solaz y esparcimiento.

Pero diréis: ¿quién era Magaloni? ¿qué título literario trajo de su tierra que lo abonara en presencia de nuestros conciudadanos? El mismo respondió á esta pregunta en uno de sus discursos: "Educado, dijo, en la modesta escuela del autor "Delle mie Prigioni," del "Eufemio di Messina," del "Tommaso Moro, della Francesca da Rimini," que tantas lágrimas espontáneas hizo verter no sólo al sexo débil, sino al filósofo más austero, á la verdad nunca fuimos á mendigar títulos universitarios, no porque tuviésemos en menosprecio á aquellos respetables cueros que, como tantos faros encendidos, difunden sus luces por todas partes y de todas partes las reconcentran en su foco, sino

porque nunca tuvimos por divisa el "autopsychia" de los platónicos; porque nacimos libres como el viento á las letras y á las ciencias, y queríamos recorrer sin trabas los campos inconmensurables de la humana inteligencia.... A más de eso, añadía después, hay á veces en la vida del hombre ciertos misterios cubiertos de un velo que la mano profana tentaría en vano levantar, y que siempre sabe respetar la prudente." Refiere luego que tuvo la dicha de tener por mentor en la Universidad de Turín á un célebre traductor de un clásico griego; después, á un retórico boloñés, orador y poeta, que le enseñó á manejar la zampoña de Virgilio, el laúd de Catulo y Tibulo y la lira de Horacio, el mismo que algunos años después fué llamado para instruir al heredero de Fernando de Nápoles. A algunos de sus discípulos predilectos nos confió que pertenecía á una Academia de Florencia con el título griego de "Filenos." "Con todo, continúa Magaloni en su discurso, temblando estábamos de miedo cuando se nos decía por los amigos que teníamos vena poética, pues oíamos repetir también á cada paso que "poeta" era sinónimo de "loco." Hicimos trizas al fin la zampoña, el laúd, la lira, el arpa de Aminta, que también habíamos pulsado á veces, y colgamos los restos á uno de aquellos abetos soberbios, piramidales, que se desprenden de las grietas de

los escarpados despeñaderos de vivo granito del colosal Monviso ó del Moncenis, en donde tuvimos nuestras más sublimes inspiraciones. En una palabra, volvimos las espaldas á Polimnia para seguir á Urania en los espacios celestes, ó á Minerva en sus abstracciones metafísicas, en sus preceptos morales y en el desarrollo de las leyes de la naturaleza. Saludamos también las aulas de Astrea y las de Esculapio, no con la pretensión de tener título de abogado ó de médico, sino únicamente por amor al saber. No descuidamos tampoco meditar los mejores apologéticos de nuestra religión católica, pues nos importaba más que todo, saber si la religión romana era realmente hija de Dios, ó fábula inventada para embaucar al pueblo ignorante por unos impostores interesados."

Y en efecto, señores, el círculo de los conocimientos de Magaloni, era inmenso: sabía Matemáticas, Filosofía y ciencias naturales, Jurisprudencia civil, Medicina, Teología, Derecho canónico y literaturas griega, latina é italiana, con profundo conocimiento de los escritores clásicos en los tres idiomas que poseía con perfección: no ignoraba la literatura española, y por último, hablaba y escribía con facilidad catorce idiomas, entre ellos el griego, el sanscrito, el latín, el italiano, el francés, el alemán, el inglés, el portugués y el español.

Ya comprenderéis que hombre que reunía tales conocimientos, tenía que ejercer necesariamente una influencia poderosa en la enseñanza: en su Colegio se reunió la mayor parte de la niñez y de la juventud de las clases acomodadas del país. pues las familias menos favorecidas de la fortuna, preferían colocar á sus hijos en el Seminario Conciliar ó en otras escuelas en que las pensiones eran sumamente módicas. En el "Liceo Científico y Comercial" de Magaloni, hicieron sus estudios preparatorios hombres que han sido y son todavía honra del foro, de la medicina, del profesorado, de la literatura, del comercio y de la industria, tales como Justo y Santiago Sierra, Manuel Nicolás y Echánove, Manuel Domínguez Elizalde, Raymundo Cámara, José María, Rafael y Joaquín Peón, Benito Ruz y Ruz, Benito Aznar Santamaría, Ramón y Nicanor Ancona y otros muchos.

Perdonadme, señores, que haya distraído algún tiempo vuestra benévola atención; pero no podía yo dejar pasar esta oportunidad sin rendir el tributo de mi gratitud á la memoria del hombre que comenzó por enseñarme, allí en la poética ciudad del Carmen, á balbucir las letras del alfabeto, y acabó por iniciarme, aquí, en Mérida, en las misteriosas abstracciones de la filosofía y en los difíciles problemas

de las ciencias exactas. Y, pues, me habéis permitido colocar sobre la tumba del sabio italiano la humilde flor de mis recuerdos. no quiero ya abusar más tiempo de vuestra paciente bondad, y concluyo reiterándoos mis más vivas y sinceras felicitaciones por este acto solemne en que viene á sentarse entre nosotros un literato, un historiador, un jurisconsulto de la valía de Juan Francisco Molina Solís. Ciertamente de que el nuevo socio de número de "El Salón Literario" será un lazo de unión entre nosotros, lazo que tenderá á estrechar más y más las afectuosas relaciones que nos unen y nos animará á continuar nuestras humildes tareas literarias con creciente entusiasmo y con firme é inquebrantable perseverancia. Sembrada está de hermosas y lozanas flores la senda que nos proponemos recorrer, y aunque no han de faltar en ella, como en todo campo, las zarzas y los abrojos, tengamos la fe y la necesaria fuerza de voluntad para apartarlos del camino, desdeñando las ofensas de sus punzantes espinas.

He dicho.